

# El rey del Congo

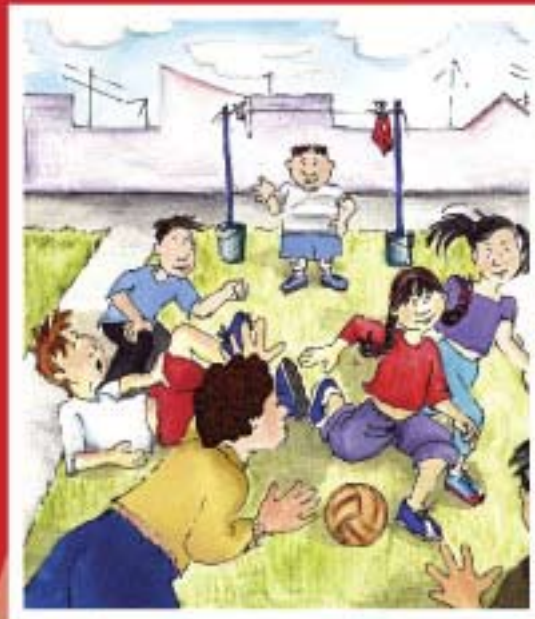
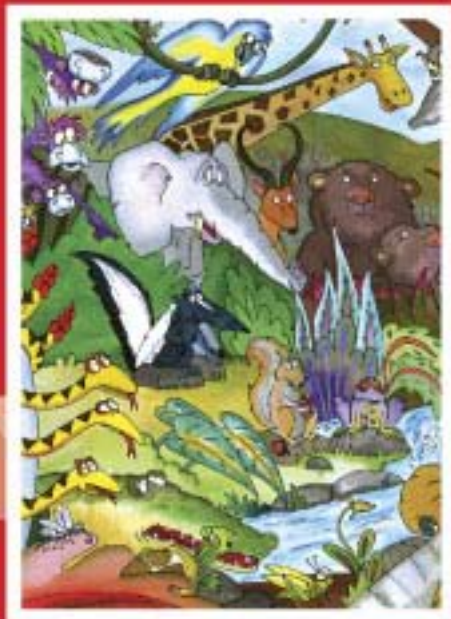
Alberto Tejeda Gutiérrez

# El examen

Ianís Alexis Guerrero Ramírez

# Desde los aires

Raúl Maldonado Alvarado



2º CONCURSO  
DE TALLERES Y CUENTOS  
2001

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL







2<sup>do</sup> CONCURSO  
DE TESIS, ENSAYO Y CUENTO  
2 0 0 2

**INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL**

# El rey del Congo

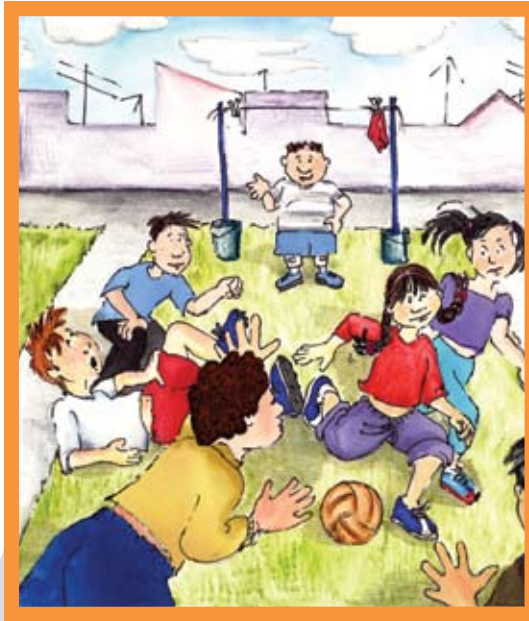
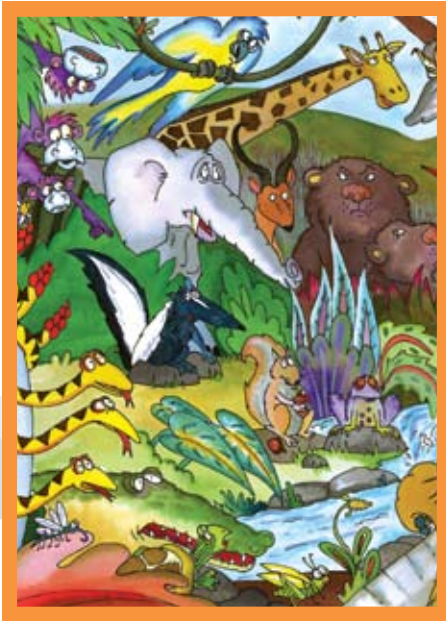
Alberto Tejeda Gutiérrez

# El examen

Ianis Alexis Guerrero Ramírez

# Desde los aires

Raúl Maldonado Alvarado



Editor: Valentín Almaraz Moreno  
Cuidado de la edición: Nilda Iburguren  
Diseño y formación: Alberto Nava  
Ilustraciones: Guadalupe Sánchez Sosa

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal  
Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica  
Huizaches 25, colonia Rancho los Colorines, delegación Tlalpan  
14386 México, D.F.  
[www.iedf.org.mx](http://www.iedf.org.mx)

Primera edición, noviembre de 2002  
ISBN: 968-5505-13-6  
Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Este ejemplar es de distribución gratuita, queda estrictamente prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7582-95-3

**El rey**  
**del Congo** ..... **9**

**El**  
**examen** ..... **29**

**Desde**  
**los aires** ..... **53**

## INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

### Directorio

JAVIER SANTIAGO CASTILLO, Consejero Presidente del Consejo General

EDUARDO R. HUCHIM MAY, Consejero Electoral

RUBÉN LARA LEÓN, Consejero Electoral

ROSA MARÍA MIRÓN LINCE, Consejera Electoral

RODRIGO A. MORALES MANZANARES, Consejero Electoral

JUAN FRANCISCO REYES DEL CAMPILLO LONA, Consejero Electoral

LEONARDO VALDÉS ZURITA, Consejero Electoral

### Representantes de los partidos políticos ante el Consejo General

JOSÉ LUIS TORRES ORTEGA (PROPIETARIO), Partido Acción Nacional

SERGIO MUÑOZ CAMBRÓN (SUPLENTE)

ARNOLDO OCHOA GONZÁLEZ (PROPIETARIO), Partido Revolucionario Institucional

JUAN MANUEL VICARIO ROSAS (SUPLENTE)

AGUSTÍN GUERRERO CASTILLO (PROPIETARIO), Partido de la Revolución Democrática

FROYLÁN YESCAS CEDILLO (SUPLENTE)

JUVENAL A. NÚÑEZ MERCADO (PROPIETARIO), Partido del Trabajo

VÍCTOR HUGO MARTÍNEZ ALVARADO (SUPLENTE)

ALEJANDRO AGUNDIS ARIAS (PROPIETARIO), Partido Verde Ecologista de México

MARÍA CRISTINA MOCTEZUMA LULE (SUPLENTE)

ELÍAS CÁRDENAS MÁRQUEZ (PROPIETARIO), Convergencia

JOSÉ GABRIEL LUGO GARAY (SUPLENTE)

MARCELA PÉREZ GARCÍA (PROPIETARIA), Partido de la Sociedad Nacionalista

MARÍA DE LOURDES POZOS LÓPEZ (SUPLENTE)

JOSÉ ALFONSO LEÓN MATUS (PROPIETARIO), Partido Alianza Social

FRANCISCO CARLOS ZÁRATE RUIZ (SUPLENTE)

SILVIA PREUSS WINDFIELD (PROPIETARIA), Partido Liberal Progresista

ANTONIO KARIM GARCÍA NOGUEZ (SUPLENTE)

LUIS RICARDO GALGERA BOLAÑOS (PROPIETARIO), Partido México Posible

AMELIA DOMINGA HERNÁNDEZ VÁZQUEZ (SUPLENTE)

ALEJANDRO GONZÁLEZ-DURÁN FERNÁNDEZ (PROPIETARIO), Fuerza Ciudadana Partido Político Nacional

FRANCISCO ESPINOSA CEDILLO (SUPLENTE)

ADOLFO RIVA PALACIO NERI, Secretario Ejecutivo

SANDRA GARCÍA ÁLVAREZ, Directora Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

MARÍA TERESA IBARGÜENGOITIA GONZÁLEZ, Directora de Difusión



EL

REY

DEL

CONGO

Alberto Tejeda Gutiérrez





e comenzaban a ver los primeros rayos del sol, se podía percibir el olor de la tierra todavía mojada luego del fuerte aguacero de la noche anterior. Una que otra gota aún se escuchaba caer en las enormes hojas verdes que había por todas partes y que bien podían servir como efectivos paraguas. Aves de todos los tipos y colores imaginables trinaban con gran entusiasmo y felicidad por recibir al Sol en este nuevo día en el paraíso del Congo. Todos los animales comenzaban a despertar, unos con

más entusiasmo que otros. Por supuesto, no faltaban los perezosos, que de buena gana esperarían hasta el mediodía para ponerse en pie, pero en esta ocasión eso no era posible porque había una importante reunión en el centro de la selva a la que todo animal, sin importar su especie, debía acudir.

Los monos, bien conocidos por ser los más traviesos de la selva, se habían levantado muy temprano para ir jugando camino al lugar de reunión y hacerles bromas a los animales que encontraran a su paso. Su primera víctima había sido un gordo osito que paseaba en busca de miel antes que despertara su mamá. Los monos lo habían llevado a un lugar de la selva que aún no conocía, y ahora se encontraba perdido, pidiendo ayuda a gritos.

Del otro lado de la selva, el grupo de los gorilas se ponía en marcha para llegar con puntualidad a



la junta. Las guacamayas todavía no salían, sabiendo que por aire podrían llegar mucho más rápido que los gorilas. Ni qué decir de las tortugas, que desde la noche anterior emprendieron el viaje para apenas llegar a tiempo. Acostumbraban a veces viajar sobre el lomo de algún animal que las quisiera llevar, pero en esta ocasión no habían conseguido a ninguno que lo hiciera. Iban escuchando cualquier ruido pues no querían toparse con los monos, ya que bien sabían que si lo hacían, ellos las regresarían para que no pudieran llegar a la hora de la cita o las voltearían sobre su caparazón, como lo habían hecho la última vez, para reírse mientras ellas trataban de ponerse boca abajo de nuevo.

Así pues, cada animal de la selva se hallaba en marcha o a punto de salir para la importante reunión a la que una semana antes había sido



convocado por el rey a través de su mensajero oficial, un amable perico rojo encargado de dar aviso a todos los animales de las noticias importantes o las reuniones que, como ésta, organizaba el soberano para comentar algún suceso que afectara al conjunto o tomar alguna decisión relevante para el reino animal del Congo.

En esta ocasión, el mensajero no había dicho cuál era el motivo de la junta; lo que sí había dicho era que esta reunión en particular tenía vital importancia para el reino entero y que ningún animal podía faltar a ella. Este último mensaje había causado una sensación de misterio y un poco de miedo en toda la selva.

Algunos elefantes y una que otra ardilla fueron los primeros en llegar al sitio acordado. Mientras esperaban el arribo de los otros animales comenzaron a platicar sobre el motivo de la reunión. Como ninguno lo conocía, se encontraban ideando teorías exageradas acerca del porqué de la junta. Hubo un elefante adolescente que afirmó que el motivo era informar a la comunidad animal que la comida se estaba terminando en la selva y que debían mudarse todos a otro lugar lejano donde pudieran volver a

empezar. Nadie pudo esconder el miedo y la tristeza al oír la teoría del joven elefante, pues eran todos muy felices en su selva como para querer mudarse. Un castor, que escuchaba la plática de los elefantes y las ardillas, dijo que lo que el elefante afirmaba era incorrecto. Que el verdadero motivo de la junta era la urgencia de decidir qué hacer con el río que, por razones desconocidas, cada vez tenía menos agua. Si de eso se trataba, tendrían que encontrar una nueva fuente de agua o buscar río arriba la causa de la disminución del caudal. No se asustaron menos al escuchar la teoría del castor, pues todos sabían bien cuán necesaria era el agua que su tanpreciado río les daba. Sin ésta, la vida en la selva sería imposible.



Conforme pasaba el tiempo, se juntaban más y más animales en el lugar, y cada vez que llegaba algún grupito surgía una nueva teoría sobre el porqué de la reunión, las más de las veces desalentadora.

Las jirafas habían dicho que se rumoraba en el lado este de la selva que la finalidad era tomar las medidas necesarias para castigar a los monos, quienes se la pasaban molestando a medio reino sin que nadie pudiera hacerles algo. Al escuchar esto, los monos perdieron la acostumbrada sonrisa y voltearon a verse unos a otros con cara de miedo. Sabían que si



era cierto, estaban en grandes problemas. Los otros animales no pudieron esconder la felicidad que sintieron al escuchar la teoría de las jirafas y rogaban que fuera correcta.

Por fin llegaron los últimos animales a la reunión: unas tortugas que se habían topado con los monos en su camino, sufriendo por supuesto sus



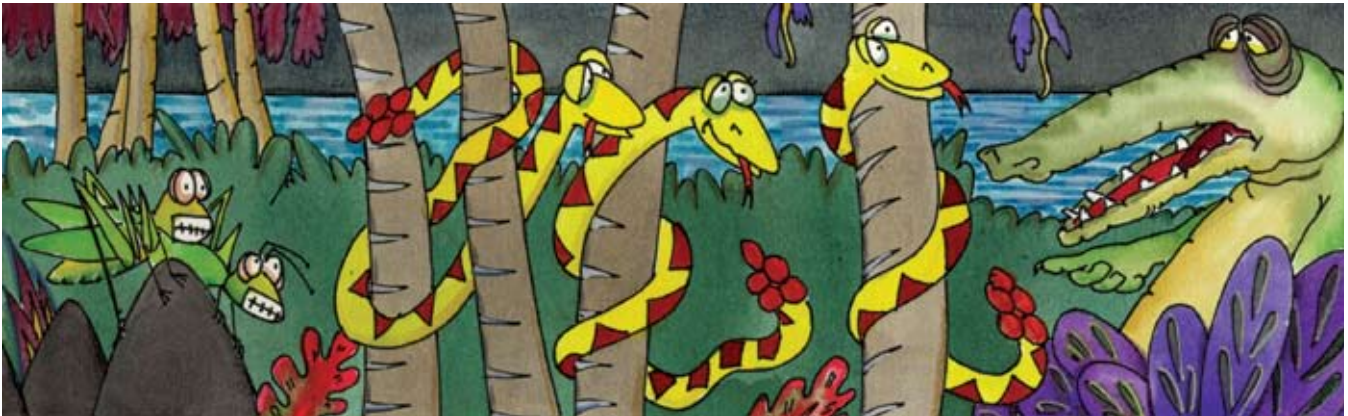
bromas, y la mamá osa, que había perdido toda la mañana en buscar a su bebé osito hasta que lo encontró en una parte del bosque a la que casi nadie iba. El osito contó que los monos se lo habían llevado al amanecer para dejarlo en las profundidades del bosque. Ahora que la mamá osa llegaba tarde a la reunión, miraba con enojo al grupo de monos trepados en el árbol de enfrente.

Su Majestad, el Rey, llegaba al frente del grupo; se veía un poco preocupado, pero feliz, sereno como siempre, como aquél que nada tiene que temer.

—Sé que todos están intranquilos al no conocer el motivo de mi llamado —dijo—, pero no se preocupen, que no se trata de ninguna gran calamidad. Lo que sucede es que he consultado a mi sabio consejero y me ha hecho ver algunas cosas que no



hubiera notado sin su ayuda. Como todos saben, tenemos ya muchos problemas sin resolver por no encontrarles solución. Los cocodrilos se quejan de que las ranas no los dejan dormir, las abejas se lamentan porque los osos comen toda su miel, los elefantes dicen que cada vez hay menos comida y lo mismo opinan los rinocerontes, los grillos dicen que los macacos no los dejan cantar a gusto, y la selva entera se queja de las bromas y los juegos de los monos. Como estos problemas hay muchos más, cada uno de nosotros tiene una queja sin resolver, y lo peor de todo es que al darle gusto a uno molestamos a otro. Bien recuerdo que cuando les pedimos a los grillos que dejaran de cantar, las víboras se quejaron de que ya no había quien las arrullara, y entonces comenzaron a arrullarse unas a otras



con sus cascabeles, pero los cocodrilos se quejaron de nuevo diciendo que preferían los grillos a los cascabeles.

Hay situaciones que yo, como rey, no puedo resolver, y sería mejor que otros las decidieran, por ejemplo, los que están involucrados directamente en el problema. Imaginen que los elefantes vinieran a consultarme sobre dónde deben buscar buenos pastos. Yo no podría responderles, pues como no como pasto, no sé cuál es el que les gusta a mis amigos. Aun cuando mi intención fuera ayudarlos, no sabría qué decirles. Nos topáramos con problemas como éste para muchas otras decisiones que han de tomarse en el reino y, por lo que he visto, todos terminaríamos descontentos si las tomara yo solo, así que los invito a escuchar la propuesta



del sabio búho, consejero confiable del reino y bien conocido por sus inteligentes recomendaciones.

El búho, que había permanecido callado hasta ese momento, voló a un árbol deshojado que estaba junto al rey y, mirando a todos los animales, dijo:

—Como todos ustedes saben, a mí me gusta mucho viajar y conocer nuevos amigos. Me gusta escuchar historias de pueblos lejanos, saber cómo viven y cómo conviven en otros reinos ajenos al nuestro. Es por eso que hace unos meses viajé lejos de aquí. En esa ocasión me aventuré un poco más que de costumbre y llegué a un lugar al que llaman *ciudad*, donde habitan los humanos. Allí encontré cosas maravillosas que bien podríamos aprovechar para hacer más fácil, y también más feliz, la vida de todos y cada uno de los que estamos aquí reunidos.

Se notaba en todos los animales la curiosidad por saber a qué se refería el sabio búho, siempre tan misterioso. Todos estaban impacientes por escuchar lo que el consejero tenía que decir, y éste, notándolo de inmediato, continuó:

—Resulta que, pocos días antes de mi regreso, iba volando en la noche por las afueras del poblado de los humanos y, como estaba ya cansado, me detuve en un árbol para reponer fuerzas. Cuando miré a mi alrededor, encontré que en la casa que estaba abajo había un perico enjaulado que cantaba una canción que yo nunca había escuchado. Me

causó por supuesto mucha curiosidad, pues en la ciudad casi no hay pericos, así que bajé hasta donde él estaba y comenzamos a platicar de diversos temas muy interesantes. Luego de escuchar sus maravillosas historias y aventuras, se me ocurrió contarle algunos de los problemas que tenemos aquí en nuestro reino y, para mi sorpresa, me habló de una solución que jamás habría encontrado yo.

Lo que el perico decía era que problemas similares los habían resuelto los humanos hacía ya muchísimo tiempo, de una manera tan eficaz que la solución la habían aplicado en casi todos sus poblados. Esa solución se llamaba *democracia*, según me contó el perico.

Todos los animales que desde hacía rato habían quedado como encantados por la plática del consejero real, expresaron una gran sorpresa. De inmediato el hipopótamo preguntó:



—¿Qué es la democracia? ¿Es algún aparato especial construido por los humanos?

—¿Es un hechizo o encanto? —preguntó una tortuga asombrada.

—Nada de eso —contestó enseguida el búho—. Escuchen bien, que ahora les voy a explicar qué es exactamente la democracia y lo bien que funciona cuando se la sabe emplear y respetar. Según me platicó el perico, la democracia no es más que una forma de organizarnos para que todos participemos en las decisiones que deban tomarse en el reino; así lograremos que la mayoría de nosotros estemos conformes con esas decisiones una vez que se hayan tomado. En cierto modo, todos seremos reyes.



Notando el asombro que causaban sus palabras, el búho continuó:

—Hasta ahora, como bien sabemos, el que manda en nuestro reino y el que toma todas las decisiones es Su Majestad, el Rey. Pero como él nos lo hizo saber, no siempre encuentra una solución para cada problema de la selva, por

lo que sería mejor que todos tomáramos juntos las decisiones que más nos convengan. Esto lo lograremos, por supuesto, aplicando la democracia.

Y entonces explicó:

—La democracia no es más que hacer que cada uno manifieste su opinión respecto de algún problema o alguna decisión que haya que tomar, y así, dando el mismo valor a todas las opiniones, conocer qué es lo que desea la mayoría. Esto se puede aplicar a todos los problemas para los que el rey no ha podido hallar solución, y también a los que puedan surgir en el futuro. Es muy importante que todos respetemos la decisión de la mayoría, pues si no la democracia no servirá de nada y nuestros problemas no sólo no se solucionarán, sino que tal vez hasta empeoren.

—Una vez dicho esto —concluyó—, Su Majestad y yo queremos anunciarles que él ha renunciado a su cargo y que todos nosotros debemos escoger a un nuevo rey democráticamente, según lo creamos conveniente.

Todos los animales se sorprendieron al escuchar la noticia. Ninguna de las teorías que habían expuesto antes de comenzar predecía lo que estaba ocurriendo en ese momento. La escandalosa guacamaya, que había





permanecido silenciosa, expresó entonces su desacuerdo, diciendo que el rey siempre había sido bueno con todos y que lo mejor era que él siguiera gobernando. Lo mismo decía una ardilla, que se levantó sobre sus dos patas para hacerse escuchar por todos. Muchos otros opinaron en forma similar hasta que el rey, viendo lo que sucedía, les dijo:

—Me siento halagado al escuchar todo esto que han dicho; nunca creí ser tan amado por ustedes, mis amigos, pero deben entender que yo estoy cansado de la responsabilidad de tomar decisiones que afectan a todo el reino. Además, aunque mi intención ha sido siempre servirles, ya se ha visto que mis órdenes no son a veces las adecuadas para la mayoría, y en vez de mejorar, empeoramos, o al menos nos quedamos igual. Les propongo pues que llevemos a cabo la propuesta de nuestro leal consejero el búho, y si luego de un tiempo viéramos que no nos funciona, podríamos volver a nuestra forma de organización actual, ¿qué les parece?

Todos aceptaron felices la propuesta de su tan amado y respetado rey, quien, muy satisfecho, dio comienzo entonces a las elecciones para escoger al nuevo gobernante de la selva.

Los tres candidatos fueron una tortuga vieja y paciente a la que le gustaba meditar todas las cuestiones de la vida, un elefante enorme y bonachón, conocido por su buen humor, y el jefe de los gorilas, afamado por ser justo y muy recto, aunque un poco serio.

Para la votación, hicieron los topos rápidamente tres agujeros en la tierra. Cada animal arrojaría una piedrita al hoyo del candidato de su preferencia y, al final, el león (por ser el antiguo rey y gozar de la confianza de todos) contaría las piedras de cada agujero. Ganaría el candidato que hubiera acumulado más piedritas.



Luego de que todos pasaron a votar, comenzó el cómputo de los votos. El reino entero estaba impaciente por saber los resultados, y circulaban los pronósticos acerca de quién sería el que ocuparía el trono.

El león, saliendo de la pequeña cueva donde se había realizado el

cómputo, expresó su sorpresa al ver que la competencia había sido muy reñida y que el nuevo rey era el jefe de los gorilas. Algunos quedaron sorprendidos y otros lo encontraron muy obvio, ya que eran bien conocidas sus cualidades de liderazgo. Pero lo mejor fue que el conjunto de los animales estaba conforme con la elección del nuevo rey, aun los que no habían votado por él, pues sabían que era un fiel amigo de todos.

Antes de dispersarse, acordaron que las nuevas elecciones serían el mismo día de cada año, al que bautizaron como el Día de la Democracia.

Los resultados se notaron de inmediato en el reino, pues hubo más prosperidad y los problemas disminuyeron considerablemente. Todos participaban en las decisiones y cada recurso de la selva, como el agua y las plantas, era mejor aprovechado y se repartía equitativamente, lográndose



así que todos fueran más felices y que la selva entera luciera más verde y colorida, como si ella también se sintiera más feliz por las decisiones que tomaban los animales que la habitaban.

El gran gorila, como era de esperar, fue uno de los mejores reyes que ha tenido la selva, y todos lo siguen recordando aún hoy, en este día en que escribo la historia de la selva del Congo, luego de haber transcurrido cientos de años desde que su rey dejó de ser el león.



EL

**EXAMEN**

Ianis Alexis Guerrero Ramírez





n días como hoy, no dan ganas de levantarse. Tengo sueño y no me pienso mover de mi cama. No me importa que venga mi mamá y me diga que no voy a tener desayuno. ¡Hoy no me levanto!



Bueno, la verdad es que no quiero ir a la escuela porque hoy tengo examen de matemáticas y mi maestra siempre me dice que, como no hago la tarea, me va mal en el examen. Pero es que ella no sabe que como yo voy a ser futbolista, no necesito las matemáticas, tal vez las necesite para contar los goles, pero nada más.

—Luis, ya bájate que se va tu papá y te va a dejar en la escuela.

Ella es mi madre, se llama Isabel, es muy linda y me quiere mucho. Yo también la quiero mucho aunque a veces se enoje conmigo.

Voy a mojar me el pelo, para que crea que ya me bañé, porque si no me baño me regaña.

Al bajar, mi mamá me da un beso y mi lonchera, donde siempre me pone una manzana y una torta. Ya no me dio tiempo de desayunar, porque mi papá tenía prisa.

Mi papá se llama Alberto, es muy trabajador y siempre usa traje; yo de grande tam-





bién voy a usar traje, porque mi mamá dice que mi papá se ve muy bien vestido así.

Como todas las mañanas, mi papá me dejó en la escuela; yo no quería entrar, pero mi maestra ya estaba en la puerta y no había forma de escaparse.



De repente me empezó a doler la panza, por más que me imaginaba jugando futbol con Ronaldo, empezaban a aparecer todos los números brincando de un lado a otro, entonces me los burlaba, un quiebre por derecha, otro por izquierda. Luis va solo frente a la portería, está a punto de anotar, pero... ¡No! Ocho por Ocho sale a su encuentro y se le barre con una entrada *fuertísima*, pero nuestro gran jugador Luisiño Da Souza sale y pasa a Ronaldo que se la devuelve a Luisiño y... ¡Tira! Pero, ¿qué pasa? Cuarenta entre Siete la desvía y el



balón parece que pierde fuerza. ¿Logrará entrar? El portero enemigo Cuatro por Trece le da un manotazo y...

—Buenos días niños, espero que hayan estudiado porque hoy es el examen de matemáticas. No se preocupen, que está muy fácil.

Sí, cómo no. Siempre que un maestro dice que el examen está fácil, es una mala señal. Fácil...fácil para ella. Claro, si ella hace las preguntas, obvio que se sabe las respuestas, pues así cómo no. Así hasta yo. Fácil, fácil, a ver, yo le hago unas preguntas de futbol fáciles y a ver cuánto saca.

La maestra empezó a repartir las hojas. Eran diez preguntas, todas con muchas multiplicaciones y divisiones, que además estaban mezcladas dentro de la misma pregunta. Miraba mi hoja en blanco y me preguntaba qué tanto podrían estar escribiendo en su hoja todos mis compañeros. Adelina parecía muy concentrada, Juan tenía seguramente la misma cara que yo, porque se veía más concentrado en ver los pájaros que pasaban por la ventana que en su hoja.

Mariana tampoco debía de tener idea de nada porque era como la cuarta vez que le sacaba punta a su lápiz.

Por un segundito volteé a ver qué estaba escribiendo Carlos, pero no pude ver nada porque tenía su brazo apoyado sobre la mesa. ¡Como si le fuera a copiar!



No se me ocurría nada; del dolor de estómago ya ni me acordaba, y sólo me imaginaba a mi papá:

—¡Cómo es posible que te saques estas calificaciones! Yo en mi época sacaba puro diez, no es posible... Míralo Isabel, yo matándome para que estudie y a él no le importa.

Entonces aparecería mi madre:

—Cálmate, Alberto. A ver Luis, ¿por qué fue que sacaste tan mala calificación?

Y yo podría decirle que a mí no me gustaban las matemáticas y que yo quería ser futbolista y que los futbolistas no necesitan matemáticas, y



muchas razones más por las cuales sacaba mala calificación en matemáticas, pero por algún motivo esas razones no parecían gustarle mucho a mi mamá, así que siempre mi papá me terminaba regañando y yo me iba a mi cuarto. Y lo peor es que no podía salir a jugar fútbol con mis amigos.

En todo esto estaba pensando cuando la maestra dijo:

—Bueno niños, apúrense que les quedan diez minutos para que termine el examen.

¡¿Qué?! ¡Diez minutos! ¿Y qué hizo con todos los otros minutos?, ¿dónde los puso la maestra? Diez minutos no puede ser, y yo que tenía mi enorme hoja en blanco. Bueno, le puse mi nombre y la fecha, además, lo escribí en letras grandes para que ocupara más espacio en la hoja. ¿Y ahora qué voy a hacer? Con diez minutos es imposible resolver un examen, ¿cómo quieren que resolvamos un examen sólo en diez minutos? ¿Qué creen que somos los niños? ¿Superhéroes que resuelven exámenes en diez minutos?



¡Seguramente en este momento ya pasaron mínimo cinco minutos, y yo todavía no empiezo!

Como pude, contesté algunas preguntas, le entregué mi hoja a la maestra y me fui rápido al descanso, no vaya a ser que vea que respondí todo mal y me diga algo.

Después de entregar un examen, misteriosamente, uno siente un gran alivio. Ya no me dolía el estómago y sólo me preocupaba que no me fueran a sacar de las *retas* de fútbol.

Cuando terminó la escuela, mi mamá vino por mí.

—¿Cómo te fue hoy?

—Bien.

Siempre le contestaba lo mismo. Además, todavía no le podía decir nada del examen porque no tenía mi calificación, así que por hoy, me olvidaría de él.

Cuando llegué a mi casa, dejé mi mochila y me fui a tocarle al *Gordo*, que es mi vecino.

*El Gordo* es mi mejor amigo, se llama Cristian, su papá es español y



es dueño de la tiendita de la esquina.

El Gordo siempre ha sido el gordo. Él dice que está gordo porque todos en su familia son gordos y porque en España comen mucho pan con vino. Yo no le creo nada, la verdad es que al Gordo hay que creerle la mitad. Una vez dijo que su papá era amigo de Hugo Sánchez porque como él es español y Hugo

había jugado en España, se habían conocido allá. Pero no era cierto porque yo una vez le pregunté a su papá que cuántos goles había metido Hugo y me dijo que no sabía, así que si Hugo era su amigo, seguro que no era de los mejores: los mejores amigos saben todo de sus mejores amigos.

El Gordo tiene un balón de futbol muy bonito que le regaló su papá. Antes no se lo quería prestar a nadie y jugaba él solito con su balón. Yo que soy su mejor amigo le decía que lo prestara para que todos jugáramos, pero él no quería. Yo creo que cuando uno tiene algo debe saber compartir; en la colonia siempre que alguien tiene un juguete nuevo lo presta para todos, por ejemplo, Kike prestó su bicicleta que le trajeron los Reyes y todos nos divertimos mucho con la bicicleta.



Yo antes también era bien envidioso, pero la verdad es que no me la pasaba tan bien, porque muchos ya no querían jugar conmigo y como yo no prestaba mis carros, pues ellos tampoco me prestaban los suyos. Un día, Manuel, que es el hijo de la señora de los tamales, me dijo que si quería jugar con él, y yo dije que sí, entonces hicimos una carrerita y nos prestamos los coches, luego llegó Kike y también jugó, y luego Carlitos, y





Mariana y Carla y el Gordo, y como todos supimos compartir con los demás nos la pasamos increíble.

A veces cuando mi mamá y mi papá discuten yo les digo que no se peleen, porque hay que saber compartir y confiar en que los demás no te van a romper tus juguetes. Además, si permites que otros participen en tu juego el juego crece y se hace mejor, entre todos es más divertido.

Así el Gordo prestó su balón y todos jugamos. La verdad, el Gordo es el mejor portero del mundo, yo creo que cuando sea grande va a estar en

la selección o mínimo en el Real Madrid, como Hugo, porque es buenísimo, es casi imposible meterle gol.

En el barrio siempre jugamos *cascaritas* los de la calle de Aldama contra los de Sibarito. Cuando hacemos los equipos, todos ya sabemos que el Gordo va a ser el portero, y cuando el Gordo está de portero nos sentimos más tranquilos. Mariana es defensa, y es buenísima, los de Sibarito siempre están reclamando porque Mariana es de su calle pero como es nuestra amiga juega con nosotros y no con ellos. También está Kike, Julián, Carla y yo. Con los de Sibarito juegan Rodolfo, Valentín, Susana, Liliana, Vicente y Alejandra.

Creo que no les había dicho: Alejandra es la más linda de todas. Siempre que jugamos me hace ojitos y me sonrío. El otro día yo iba a meter gol y ella me hizo *faul*, la verdad me dejé caer, pero ella luego luego fue a verme y parecía muy preocupada, yo le dije que no me había pasado nada y entonces me sonrió. Creo que nos quedamos sonriendo como diez minutos porque el Gordo me lanzó el balón y empezó a molestarnos. A Alejandra no le dio pena, a mí sí, y me puse todo rojo.



Cuando terminó la *cascarita* estábamos todos en la tiendita del papá del Gordo y ella cogió su botella de agua y me empezó a echar, entonces yo la perseguí y también le aventé, y después todos empezaron a lanzar sus refrescos y sus jugos y fue un gran relajo. Hasta que salió el papá del Gordo y nos regañó por desperdiciar el agua, entonces todos nos echamos a correr.

Sin querer, Alejandra se había cogido de mi mano y corríamos juntos, hasta que en un árbol, donde nadie nos veía, me detuve. Yo estaba todo mojado, y ella también.



Se veía más linda que nunca, con su cabello largo todo mojado. Entonces le pregunté que si quería ser mi novia, se rió y me dio un beso en la boca. Luego, me soltó la mano y se echó a correr con los demás. Yo no sabía qué hacer, así que también me eché a correr.

En la noche llegó mi papá. Mi mamá acababa de regresar de su trabajo y yo le estaba ayudando a hacer la cena. A mí me gusta hacer de comer con mi mamá, a veces también lo hago con mi papá. Como los dos trabajan, nos repartimos entre todos el quehacer de la casa.

Antes era sólo mi mamá la que hacía todo y se cansaba mucho. Además, no era justo porque nosotros también vivíamos en la casa, así que decidimos que todos teníamos que ayudar. Yo fui el que dio la idea de que cooperáramos los tres, platicamos para ver qué era lo que se necesitaba y llegamos a un acuerdo para compartir el trabajo. Al principio me costó acostumbrarme porque, la verdad, yo antes no hacía nada y mi mamá tenía que recoger hasta mi cuarto.

Creo que ahora funcionan mejor las cosas y mi mamá ya no se cansa tanto. Ya ven, hasta me gustó cocinar.

Nos sentamos a cenar los tres. Mi mamá y mi papá siempre platican de cómo les fue en el trabajo y de los problemas de la casa. A mí me gusta mucho que me traten como un grande porque siento que me escuchan y siempre me piden mi opinión para tomar decisiones que nos



involucran a los tres. Aunque todavía soy un niño, me gusta que me respeten, y ya ven, la idea de repartir el quehacer fue mía y funcionó muy bien.

Ya no aguantaba, tenía que decirles que me fue muy mal en el examen de matemáticas. ¿Pero y si me regañan? ¿Y si ya no me dejan salir a jugar fútbol? ¿Qué tal si me castigan de por vida? Seguro que mi papá se va a enojar. Además, no quiero que se enojen conmigo. ¿A quién se lo digo primero, a mi mamá o a mi papá? Mejor me espero a que me den

el examen y así paso unos días tranquilo jugando *fut*. Pero cuando se enteren de que me fue tan mal me van a decir que por qué no les dije desde el primer día. Entonces se van a enojar más. Mejor, cuando mi mamá esté solita le digo para que ella le diga a mi papá y así no se enoje tanto, al fin que los papás cuando hablan entre ellos parece que hablan otro idioma porque sólo ellos se entienden.

No, mejor ya lo digo, una... dos... tres...

—Papá, mamá, me fue mal en el examen.

Se quedaron callados, durante un largo rato.

Luego mi papá dijo:

—Te dije que tenías que estudiar más.

—¿Qué fue lo que pasó, Luis? —preguntó mi mamá.

Y cuando mi mamá me decía Luis es que se estaba poniendo seria.

—Es que el examen estaba muy



difícil, y a mí no me gustan las matemáticas. Además, a la maestra no le caigo bien, y da muy poco tiempo para resolver los exámenes.

Bueno, no estaba mal, cuatro excusas en una sola frase, creo que los convencí.

—Mira Luis —dijo mi padre—, tal vez no todo lo que te enseñen en la escuela te guste. A mí no me gustaba la biología, pero me puse a estudiar y aprendí mucho, imagínate que aun en mi trabajo la utilizo (ver a mi papá con una bata de laboratorio trabajando con ratones hubiera sido muy gracioso). Algo que debes comprender es que la escuela es un lugar a donde vas a aprender muchas cosas distintas y cada una de ellas te servirá para ser una mejor persona, más inteligente, más culta, y además vas a conocer más cosas. Las matemáticas son muy importantes para tu vida, te ayudan a resolver problemas, te hacen pensar y eso ejercita tu mente. En la escuela vas a aprender a convivir con tus compañeros, a escuchar sus opiniones (como cuando mis papás me piden mi opinión), a trabajar juntos (yo pensé en las *cascaritas* y cuando jugamos juntos las carreras de coches), vas a ver que para resolver los problemas tienen que



estar unidos para superarlos, así como nosotros nos organizamos para que la casa funcione, que todos son iguales (como en nuestras cascaritas y la verdad es mejor jugar juntos, así puedo jugar con mi novia Alejandra) y que la opinión de cada uno es muy importante.

Cuando mi papá terminó de hablar, yo estaba sorprendido porque no me había regañado; ahora que lo pienso creo que fue bueno que les dijera, porque empezamos a trabajar para resolver el problema.

Hicimos un trato entre mis papás y yo: yo me puse a estudiar, y ellos me dieron permiso para salir a jugar con mis amigos. A veces mi papá me ayudaba a estudiar, y si él no podía, entonces era mi mamá quien lo hacía.



Con organización pude combinar lo que más me gusta, que es el *fut*, con la tarea, y creo que hasta me están empezando a gustar un poquito las matemáticas. En realidad no es tan difícil. En la escuela, la maestra me felicitó porque mis calificaciones en *mate* están subiendo.

También les pregunté a Juan y a Mariana si querían venir a estudiar, y me dijeron que sí. Mi papá nos ayuda y juntos estamos mejorando. A Mariana le fue muy bien en el último examen, sacó nueve y la maestra la felicitó, hasta su mamá estaba sorprendida, yo no, porque sé que Mariana es muy inteligente y estoy seguro que la próxima vez hasta va a sacar diez.

Mientras, yo sigo de novio con Alejandra, la otra vez fuimos al parque y me regaló una pulsera que ella misma hizo. Es una pulsera de color azul y rojo.

El que creo que está un poco celoso es el Gordo, porque ya no salgo tanto con él. La otra vez se enojó porque me dijo si quería ir a jugar a su casa, pero como yo estaba con Alejandra le dije que iría al ratito, y no le gustó.



Y no es que no quiera ir con él, pero es que con Alejandra me la paso increíble.

Creo que me estoy enamorando, porque estoy haciendo todas las cosas que dicen que hace uno cuando está enamorado, por ejemplo, ya le escribí dos cartas, y aunque la veo todos los días en la escuela, me gusta recibir cartas de ella, hasta escribí un poema, pero me da pena dárselo.

Mañana es su cumpleaños y le voy a regalar algo, todavía no sé qué será, pero en cuanto lo sepa les diré. Tal vez le voy escribir una carta y además le voy a dar el poema. Bueno, ya me voy porque tengo que hacerle su regalo.

Nos vemos pronto.

Luis



**DESDE  
LOS  
AIRES**

Raúl Maldonado Alvarado





Hubo una vez tres amigos que se conocieron cuando entraron a la primaria. Jugaban juntos todo el día, paseaban por su colonia y soñaban en ser aves o al menos pilotos aviadores, para conocer nuevos horizontes y ver las cosas desde la perspectiva del cielo, desde los aires, para poder estar en muchos lados en poco tiempo y ver a las personas que querían, entrar en las casas, las oficinas y platicar con los pájaros enjaulados que hay en todos lados. Les llamaba mucho la atención volar, ese era su sueño, y harían lo imposible por realizarlo.

Sabían que para ello tenían que estar bien preparados, ser muy fuertes y tener una condición física que pudiera soportar cualquier prueba, de modo que al ir creciendo participaban en todos los torneos de su escuela y de la delegación, competían en las carreras y maratones que podían, practicaban alpinismo, natación, ciclismo, es decir, enfrentaban cualquier reto físico que estuviera a su alcance.

También tuvieron que aplicarse en la escuela para tener todos los conocimientos que les ayudaran, en un futuro, a lograr su meta, y por supuesto, trataban de vivir con la mente limpia y poderosa, capaz de llegar a una concentración sublime que los llevara a realizar su sueño anhelado.

Dentro de toda esta vida intensa que se habían impuesto solos, competían entre ellos mismos motivándose a la superación en cada momento y poniendo a prueba los conocimientos adquiridos en la escuela y en las bibliotecas; por ejemplo, ya siendo jóvenes y participando en el triatlón a campo traviesa, iban platicando sobre los animales que podrían encontrar en su camino, las hierbas comestibles, medicinales o venenosas que se presentarían a su paso, lo que se les ocurriera para practicar sus





conocimientos, pero sobre todo comentaban la vida de las aves, por lo que generalmente al nadar volteaban al cielo buscándolas y al correr trataban de descubrirlas en las ramas de los árboles para reconocer todas sus actividades y movimientos.

Cuando corrían dentro de la ciudad, sin duda distinguían los cantos de las aves que alegraban las casas dentro de su jaula y las saludaban a su paso, pero también disfrutaban correr por las calles y avenidas, porque además de las aves y el vuelo, había un tema que les atraía mucho y les gustaba enormemente, la historia de México. Entonces, cuando pasa-

ban por algún monumento, de inmediato empezaban a platicar sobre su historia y se arrebataban la palabra para comentar lo que habían aprendido y era nuevo para ellos.

Precisamente un fin de semana fueron a participar en una de esas carreras dominicales que se hacen sobre el Paseo de la Reforma y, durante su recorrido, al pasar frente al monumento a la Revolución, la estatua de Cuauhtémoc al cruzar Insurgentes, el Ángel de la Independencia y, no se diga, frente al Museo de Antropología e Historia, comentaban acerca de los próceres de nuestra patria, de lo que se necesitaba tener para buscar con tanto ahínco la libertad y defender nuestra nación, como lo hicieron en su momento los Niños Héroe.

—¡Miren, allá está su monumento! —dijo Enrique.

—¡Es precioso, enorme! —completó Gabriel—, es un ejemplo de lo que todos como mexicanos debemos hacer para mantener la soberanía de la nación, sentenció Dionisio.

Por alguna razón, cuando estaban corriendo, platicando y escuchando los pájaros de Chapultepec, los tres al mismo tiempo, dentro de esa

concentración física y mental profunda a la cual habían llegado practicándola diariamente, recibieron energía, una fuerza enorme, un golpe que los aventó al aire y los hizo volar. Sintieron cómo se elevaban del piso y, asustados y asombrados, se voltearon a ver entre ellos, descubriendo que en el aire se empezaban a cubrir de plumas, que sus brazos se transformaban en alas y sus piernas en patas, que ya no podían ha-



blar porque ahora tenían pico del que salían sonidos de ave, que se estaban reduciendo de tamaño y que se comunicaban entre sí por medio del pensamiento.

Sin darse cuenta estaban volando por encima de los corredores, a la altura de las ramas de los árboles, hasta que aprendieron a dominar el vuelo al tener que esquivar el monumento a la Diana Cazadora pasando por debajo de sus brazos y junto al arco. Sin lograr entender todavía lo que pasaba, llegaron a posarse en la banca circular que rodea a la glorieta del Ángel, pero por poco acaban entre las manos de los niños que ahí jugaban mientras esperaban el regreso de los corredores; olvidaron por un momento



que eran aves y que ya no podrían continuar con su vida normal anterior.

Espantados, volaron y volaron sin detenerse hasta la cúpula del Palacio de Bellas Artes, donde agitados por el ejercicio nuevo y por el susto, descansaron, y mientras seguían viéndose y observando la ciudad desde lo alto, trataban de entender que por fin su sueño se había hecho realidad. Eso era lo que creían y estaban sintiendo mientras miraban sus cuerpos nuevos. Pensaban en que no se habían despedido de su familia, que nadie los reconocería ni les creería, que ahora pelearían por el alpiste y comerían gusanos o insectos, que se deberían cuidar de los gatos: ¡Mi gato!, el *Jilín* –pensó Dionisio–, en vez de cuidarlo, ahora me tendré que cuidar de él.

De la emoción, comenzaron a sentir hambre e instintivamente volaron tras de las palomillas y mariposas, saboreándolas con su pico; sentían algo raro, ¿nos harán daño?, pero al volar en picada para recoger el alpiste y los chochitos que tiraban unos canarios que lujosamente vivían en la enorme jaula a la entrada de un restaurante, entonces sintieron cómo el aire sostenía su cuerpo y que en realidad eran aves.

—¡Por fin, somos aves!, ¿ya se dieron cuenta? – y en su nuevo lenguaje comentaban extasiados acerca de lo que podrían hacer, aunque era un poco diferente a lo que habían pensado desde hacía años, porque deseaban hacerlo para ver la vida desde arriba, para entender el mundo pero siendo hombres, no como ahora siendo aves; ya no podrían reconstruir lo que vieran destruido o evitar que caiga lo que se está cayendo, ya no podrían... no es igual... ahora son pequeños y no tienen manos.

Pero esos pensamientos los distrajeron y entristecieron sólo un momento, porque enseguida empezaron a revolotear en las fuentes, a jugar y corretearse en los aires... a preocuparse por dónde dormirían y se resguardarían de la lluvia que estaba empezando a caer, porque sus alas se estaban volviendo muy pesadas y húmedas.

Para pasar esa noche encontraron un lugar seco y seguro, entre las fachadas de los edificios de la Plaza Garibaldi, desde donde disfrutaron la música de los mariachis mientras veían curiosamente a las parejas de enamorados abrazándose, hablándose al oído: ¡Oído! –pensó Gabriel–,

¿qué voy a hacer ahora?, si le hablo al oído a mi novia se lo voy a deshacer a picotazos... Pero igual que antes, ese pensamiento se esfumó en poco tiempo y, ¡a gozar de la noche y su música!

A la mañana siguiente un sonido familiar los despertó, el ronroneo de un gato.

—¡Un gato! —gritaron, y salieron volando nuevamente asustados, perdiendo una buena cantidad de plumas. En el aire vieron un grupo de palomas que volaban hacia la Alameda Central, y como no tenían mucho que hacer, las siguieron, lo que resultó sabroso, ya que desayunaron gracias a la gente que se sienta en las bancas a dar de comer a las palomas.

Pasaron la mañana jugueteando por ahí, escuchando un sinfín de pláticas, que la oficina, que la casa, que el negocio, que el juego, cualquier tema era bueno para entretenerse y, por qué no, aprender un poco más. Y fue ahí precisamente cuando recordaron lo que podían hacer como aves: volar a las escuelas, a los estadios de fútbol, a los edificios, a todos lados para conocer y entender la vida.

En la fuente de la plaza Santa Veracruz había muchos niños jugando con el agua y quitándose el calor del mediodía, entonces ellos también se unieron al juego y se dieron un chapuzón, alegrando aún más el momento de los niños con esos tres pajarillos revoloteando sobre su cabeza. De





pronto, unos policías empezaron a regañar y corretear a los niños para que se alejaran del agua porque molestaban a la gente que caminaba por allí, pero algo que les sorprendió mucho fue que minutos después llegaron otros niños y a ellos sí los dejaron jugar con el agua, ¿por qué?

—Fíjense bien —dijo Enrique aleteando—, aquellos no tienen ropa y están quemados por el sol, son niños de la calle, y éstos están limpios y gorditos, tienen la fortuna de contar con una familia que los cuida.

—Sí —dijo Gabriel—, pero no es justo que los traten diferente.

Indignados, continuaron su viaje fantástico. Volaron sobre la ciudad y vieron la diferencia entre las casas, unas chiquitinas y otras enormes. Los puestos de periódicos pasaron a ser una fuente importante de información sobre lo que pasaba allá abajo; se dieron cuenta de que los problemas principales eran robos, inseguridad, desempleo, corrupción, etcétera.

Cansados de volar, bajaron a descansar junto a una coladera del drenaje de la que salía un ruido fortísimo como si fuera un río subterráneo:

—¡Volemos para buscar el lugar donde termina el agua! —propuso Dionisio.

—¡No quiero! —dijo Gabriel—, huele muy feo.

Pero se equivocaron y volaron al contrario del camino que sigue el agua; no se dirigían al drenaje, sino a donde nace el agua. Fueron hacia arriba de los cerros, según ellos siguiendo el ruido del agua, y lo que encontraron fue algo espectacular, tanto por el Ajusco, como por Xochimilco y Cuajimalpa, había muchos manantiales, pozos y bombas potentes que enviaban agua limpia, cristalina, para el consumo de la ciudad.

—¿Tanta agua? —preguntó Dionisio.

—¡Claro! —respondió Enrique—, por eso suena en las coladeras como un verdadero río que sale de la ciudad. Ya tenían hambre y, estando en esos bosques preciosos, comieron frutas e insectos hasta quedar barrigones.

Regresaron a dormir, pero ahora a las torres de la Catedral Metropolitana, aunque no les gustó mucho porque cada determinado tiempo saltaban espantados por el repicar de las campanas, hasta que ya entrada la noche se calmaron y finalmente pudieron descansar.

Al día siguiente se despertaron tarde porque ni las campanadas les interrumpían su pesado sueño. Al asomarse hacia abajo estirando sus

alas vieron mucha gente y, curiosos como son todos los pajarillos jóvenes, bajaron a ver de qué se trataba.

Desde el suelo las personas se veían enormes, hasta daban miedo a nuestros amigos, quienes observaban que había mucha gente con letreos buscando trabajo, ofreciendo sus servicios o caminando distraída sin rumbo fijo.

—Enrique —preguntó Gabriel—, ¿éstos son los desempleados?, ¡son muchos!

—Sí, es un ejército que busca diariamente trabajo, ¿y saben por qué estoy seguro? —les preguntó Dionisio—, porque estos de acá ya nos están viendo con ganas de asarnos y... ¡vuelen porque ahí vienen!

Poco faltó para que los desocupados los atraparan con las chamarras que les aventaron cuando levantaban el vuelo.

Se dirigieron por la calle de Moneda que, al igual que las de atrás del Palacio Nacional, estaban llenas de puestos; era un tianguis como muchos otros de la ciudad en los que desde arriba sólo se ven plásticos y lonas rosas, azules, rojas, y gente que va y viene, pero de pronto:



—¡Miren!, ¡ese chavo robó la bolsa de la señora!

Y en picada se dejaron ir contra el ladrón, tratando de avisar que ése era el ratero, pero lo único que lograron fue que Gabriel saliera fuertemente golpeado por la bolsa robada, ya que nadie detuvo al ladrón. Oían las pláticas de las

personas en lo que se reponía aquél del golpe recibido:

—¿Qué pasó?

—Lo de siempre, ladrones.

—¡Ah bueno!, yo creía que era algo peor.

—Es increíble que la gente esté tan acostumbrada a eso —suspiró

Enrique mientras levantaban el vuelo—, ojalá que existiera el orden que había en la época de los aztecas, cuando se castigaba fuertemente a los rateros y transas en el mercado.

Se fueron volando hacia el oriente, platicando de lo sucedido. Al pasar sobre La Merced les llamó la atención la enorme cantidad de basura que había, y llegando a los tiraderos que están allá por la salida a Puebla, trataron de bajar a comer algo, pero les fue imposible hacerlo porque había un mundo de perros, gatos, ratas, personas que parecían espantapájaros.

—¿Toda esa cantidad de basura sale de la ciudad? ¿Y qué tanto se tirará que hay gente que vive precisamente de todo lo que ahí junta?



—No sé, pero yo ya tengo hambre –dijo enojado Gabriel, justo en el momento en que divisaron un paraje precioso.

Apuraron el vuelo y llegaron a la zona donde están las lagunas de tratamiento de aguas negras y las que reciben el agua tratada.

—¡Es un paraíso! –dijo Dionisio–, hay patos, aves que llegan de muy lejos, garzas, bueno, de todas, y...

—¡A comer! –gritó Gabriel, feliz porque allí había libélulas, gusanos, moscos, moscas, de todo lo que desearan consumir.

—En aquéllas es donde llega una parte del agua sucia de la ciudad, y en éstas donde depositan la que sale limpia –explicó Dionisio en el momento en que ya se encontraba bañando Enrique, quien exclamó:

—¿Toda ésta?

Estuvieron un rato y se regresaron gozando de su sueño hecho realidad, pensando que como hombres tal vez nunca se hubieran sacado algún premio que cumpliera su deseo.

En esas estaban, sin darse cuenta de que ya habían atravesado toda la ciudad, cuando Dionisio no se fijó en la rama de un árbol y chocó en

pleno vuelo, cayendo como piedra sobre un colchón de hojarasca que cubría el suelo. Sus amigos bajaron inmediatamente al darse cuenta que el famoso *Jilín*, precisamente el gato de Nicho, estaba atrás de un bote de basura dispuesto a comérselo. Trataron de ayudarlo a volar pero no pudieron, entonces buscaron por todos los medios distraer la atención del gato, pero éste no perdía tiempo ni camino para saltar sobre el avecita herida. Corriendo y aleteando sobre el suelo, ésta trataba desesperadamente de huir de la voracidad del cazador cuando sintió que de un salto éste cayó detrás suyo y la sujetó fuertemente por el ala, encajándole entre los huesos un colmillo.

Dionisio escuchaba que Enrique y Gabriel lo estaban animando, pero algo raro pasaba; ya no sentía sus plumas, el pico no estaba al frente. ¡Estoy muriendo!, ¡no puede ser! –pensaba–. Agitándose fuertemente para lograr liberarse, sacudió su cuerpo con toda la energía que le quedaba y, de repente, al abrir los ojos asustado, vio una luz clara, deslumbrante, que no le permitía distinguir las cosas. A lo lejos veía un ángel, había también dos siluetas, ¡sí!, eran sus amigos que estaban a su lado; todo

resplandecía de color blanco, pero, ¡esperen tantito!, hay otra persona, no la reconozco, ¿qué pasa?

Segundos después, cuando ya veía mejor, reconoció a sus amigos sin plumas, como personas. Él tampoco era pájaro, la otra persona era una enfermera y estaban dentro de una ambulancia, pero, ¿y el ángel que vi?, se preguntaba, y volteando a la ventana se dio cuenta de que era el Ángel de la Independencia que iba quedando atrás.

Le empezaron a explicar lo que pasaba:





—Estábamos atendiéndote para que reaccionaras y como te movías muy fuerte, te sujetamos firmemente para que la enfermera pudiera meter la aguja en tu brazo y administrarte un poco de suero y medicamentos.

—Entonces no era el gato, eran ustedes, dijo con voz suave, y sus amigos sólo se le quedaron viendo, esperando que no le hubiera pasado nada grave.

—¿Qué ocurrió con nuestro cuerpo?, ¿dónde están nuestras alas? —les preguntaba, mientras sus dos amigos lo miraban extrañados y preocupados pensando que el golpe en la cabeza le había afectado más de lo que aparentaba.

—¿De qué estás hablando?, ¿no te acuerdas lo que pasó? —le dijo Enrique—. Estábamos participando en la carrera y uno de los que venían en moto grabando a los competidores se patinó justo detrás tuyo y la cámara te golpeó en la cabeza, perdiste el conocimiento y ahorita estamos en la ambulancia rumbo al hospital para que te revisen bien.

—Entonces, ¿no fue real lo que viví?, ¿nunca nos convertimos en pájaros?

—No lo hagan hablar –les dijo la enfermera–, déjenlo descansar.

En el hospital lo revisaron muy bien y por suerte no tenía más que su chipote en la cabeza y el raspón en el cachete derecho que se hizo al caer. Entonces lo dieron de alta y lo dejaron salir en menos de una hora.

Ya de regreso con sus amigos, empezó a platicar lo que había soñado:

—Era un pájaro, más bien éramos pájaros los tres y volamos varias veces por toda la ciudad e hicimos lo que quisimos. Bueno, ya voy a empezar a hablar como que solamente yo fui ave, y que no estaban ustedes, porque me están viendo como si estuviera loco, pero créanme que gocé mucho de su compañía en los aires. No sé por qué en unos cuantos minutos puedes soñar y volar y sentir tantas cosas, es increíble la capacidad de la mente, ¿no creen?

En eso llegaron a la parada del camión, pero Dionisio los detuvo e invitó para que dieran un paseo por el centro de la ciudad sobre un triciclo, de esos que llevan gente como si fueran taxis.

—Llévenos al zócalo, no, mejor paséenos por todo el centro, Reforma, por donde quiera durante una hora, ¿se puede?

—Ustedes mandan –repuso el chofer ciclista, y con mucho esfuerzo arrancó para pasear a los amigos.

—A ver, mi “Ruiseñor”, canta para nosotros, que queremos escuchar tu melodioso trino –le dijo Enrique cotorreando.

—Está bien, si dudan de lo que les digo ya no les platico nada –respondió Dionisio algo molesto.

Gabriel le pasó el brazo sobre los hombros mientras le decía:

—Ándale, no te enojas, síguele.

—Bueno, desde arriba se puede ver la vida entera. Vi que no toda la gente cuida los bosques ni los árboles; abusos y engaños en el comercio; basura tirada por toneladas que ni los que la recogen se la quieren llevar de tanta que hay; gente, mucha gente sin trabajo; otros comiendo de la basura; agua tirándose a cubetadas; y mucha diferencia entre la vida de las personas que habitamos la ciudad.

Al llegar al Zócalo se calló un momento para observar la catedral y la gente, recordando su sueño y preguntándose: ¿fue o no fue realidad?

—Fíjense que lo que más vi fueron problemas –continuó luego, dejan-



do atrás su duda momentánea—, que si el presidente, los secretarios o el gobernador, que si la oficina de esta dependencia, quejas y quejas y más quejas. Escuchando las conversaciones entre personas y viendo desde los cielos su comportamiento, empecé a entender que están encerradas en cuartos y no libres como las aves, pero también que están encerradas en su vida y sus pensamientos sin libertad, que su felicidad está encerrada, que no pueden escoger su propia vida ni su rumbo.

—Y, ¿qué crees que se pueda hacer?, ¿de casualidad no tuviste tiempo de encontrar alguna solución? —le preguntaron ellos.

—Sí, creo que sí, o al menos algo parecido —contestó—. ¿Se acuerdan lo que vimos en clase sobre el gobierno de la ciudad?, ¿sobre los políticos y los servidores públicos?, pues déjenme contarles: desde arriba vi, como si fuera una película de episodios, los pasos que llevan a algún grupo de ciudadanos a la vida política. Pensé que la organización propia de los partidos tenía parecido con las ramas de un árbol, unas crecían rectas hacia arriba, sin desviaciones, firmes; otras sinuosas, como que no querían llegar al cielo, sino solamente hacer sombra; unas más

chuecas, que se caían hacia la tierra o chocaban con otras, en fin, de todo, pero no entendí por qué era esto si se supone que todos los militantes de los partidos buscan el bienestar común de la ciudad y de sus ciudadanos.

—Creo que no estás tan loco –le comentó Gabriel–, tienes mucha razón en todo lo que nos has contado.

—Ya estamos terminando el recorrido y no sé si se dieron cuenta, pero todo se ve diferente, al menos a mí me gusta más que hace unos días, tengo mucho ánimo y ganas de hacer muchas cosas –dijo entusiasmado Dionisio, y volteando a verlos les reveló muy serio:

—¿Saben qué?, ¡volar no es nuestra solución!

En ese momento los distrajo el chofer:

—¡Llegamos, jóvenes! Aquí los recogí y aquí los dejo.

—Bien señor, tenga y que pase un excelente día.

Los dos amigos se quedaron atónitos al ver que Dionisio pagaba por voluntad propia.

—¡Sí te cambió el golpe! –exclamó Gabriel.

—No —respondió Dionisio—, el golpe no fue, sino lo que viví, lo que aprendí en mi viaje.

De camino a casa, que por cierto era el edificio que está enfrente de la plaza de Tlatelolco, le preguntaron:

—¿Qué es eso de que volar ya no?

—¡Ah!, miren, si lo que queremos es ver otros horizontes de la vida para aprender, para hacer y arreglar lo que se pueda arreglar, no tenemos que volar, sino primero debemos estar justamente en el lugar donde se pueda hacer todo eso.

—¿Y cuál es ese lugar? —preguntó Enrique.

—Es un estado....

—¡Definitivamente no! —lo interrumpió molesto Gabriel—, si es salir del D.F., no quiero nada.

—Pero cómo serás listo —lo regañó Dionisio—, si me dejaras terminar de hablar tal vez entenderías. Es un estado mental en el que nos valoramos y valoramos a los demás, con el que la forma de vida de la ciudad cambiaría si todos la entendiéramos, y para esto hay dos caminos al

menos: podemos estar dentro de la política, dentro del gobierno, porque siendo servidores públicos podríamos, como las aves, ver todo lo que pasa, porque es desde ahí desde donde se puede promover el sufragio, la libertad, el respeto y la igualdad para todos los que vivimos aquí, para evitar tanto problema; y, por otro lado, como personas también podemos hacer algo bueno, como ciudadanos que somos todos, hacer valer nuestros derechos, tener conciencia cívica, dar buen ejemplo a la familia y los amigos, preocuparnos por solucionar los problemas que vivimos a diario, en fin, mucho....

—Tal vez tengas razón, pero por lo pronto te toca disparar el desayuno mañana –intervino Enrique–: huaraches con costilla en Jamaica por el susto que nos diste.

—Eso será mañana –dijo Gabriel–, pero hoy ya es casi de noche y aunque me siento muy cansado, tengo mucha hambre. Vámonos a comer unos tacos de suadero con tepache de los que vende don Joaquín, yo invito.

Y se fueron caminando muy contentos los tres amigos, pensando en el futuro, en la forma en que debían hacer las cosas que querían, sintiendo



que su mente se transformaba en un ave libre capaz de enfrentar la vida,  
y eso los llenaba de alegría y de ánimo.



*Cuentos* del Segundo Concurso de Tesis, Ensayo y Cuento terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, en el mes de noviembre de 2002. El cuidado de la edición y el diseño estuvieron a cargo de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica. El tiraje fue de 6 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina couché mate de 210 gramos.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 29 de abril de 2011.

